

III.

LA INVITACION.

Al día siguiente de la llegada de Adelina y su marido, y á eso de las dos de la tarde, se hallaba Clemencia en su casa y sola en su habitacion, cuando su doncella le anunció la visita de una de sus amigas.

La jóven vivía en el seno de ese lujo sencillo y de buen gusto que excluye la ostentacion, pero que lleva en sí mismo los goces de los sentidos y del alma, por decirlo así.

Tenía siempre en derredor suyo muchas y bellas flores, y el procurárselas era uno de sus mayores gustos y tambien de sus dispendios.

Tenía asimismo muchos y buenos cuadros; y por último, tenía un hermoso piano inglés, en el que ella tocaba y cantaba á la perfeccion.

Clemencia rendía culto á los goces de su hogar, del que salía muy pocas veces: le adornaba, y era dichosa cuando se hallaba en él entre sus libros y sus flores.

La salita en que se hallaba cuando le dijeron que su amiga solicitaba verla precedía á su tocador; estaba vestida de un lindo papel rosa y blanco; el mueblaje, ta-

llado, era de damasco de estos dos colores, é iguales eran las colgaduras que caían delante de los balcones interceptando la luz; una cómoda de palo santo y un velador grande, que contenía álbums, estampas y papeles de música, que habían llegado aquel día de París, completaban el mueblaje de la estancia, sin contar el piano, que ocupaba uno de los testers inmediatos al balcon.

Algunos preciosos cuadros adornaban las paredes; cuatro vasos etruscos, colocados en los ángulos de la habitacion y llenos de flores, embalsamaban el ambiente, y delante del balcon había una jardinera, que contenía las sencillas flores del jardinillo de Julia, que enviaba á su amiga un fresco ramillete todos los sábados, habiéndole remitido uno aquella mañana.

Clemencia, sentada en un sillón pequeño, bordaba, teniendo un bastidorcito sobre su falda; al oír el recado de su doncella, respondió que hiciese pasar al instante á su amiga, y se levantó para recibirla con la gracia y cordialidad que le eran habituales.

Entonces descubrió su elegante estatura, cuyas bellas y graciosas formas hacía resaltar un sencillo y fresco vestido de muselina blanca.

—¿Con que, te empeñas en no dejar este verano á Madrid? dijo la recién llegada á Clemencia.

—¿Para qué he de dejarle? respondió ésta sonriéndose graciosamente; no quiero privarme voluntariamente de verte á tí y á otras amigas mías, que no pueden salir por diversas circunstancias.

—Pero tú, tan elegante, tan distinguida, ¿no sabes que es de mal tono el no salir en la estacion del calor?

—Querida Hortensia, respondió la jóven, yo no aspiro á hacer papel por mis costumbres elegantes ó por mi lujo y ostentacion; vivo segun mi gusto, y tambien segun el bienestar de mi padre y de mi marido; ya sabes que los dos son ancianos y que necesitan cuidados y quietud; sin embargo, si yo quisiera, iriamos á tomar baños ó al extranjero; pero ¿sólo por seguir una frívola moda—puesto que todos estamos con perfecta salud—hemos de ir á pasar incomodidades en el camino, dejando la grata paz de nuestra casa? Eso me parece absurdo; hay modas tan necias como perjudiciales, y á las cuales no rendiré culto jamas.

—Ese carácter tuyo es lo que te impide hacer papel en sociedad, respondió Hortensia, ó al ménos te impide hacer el papel que debias. Tú, dotada de juventud, de talento, de belleza, de distincion, te has empeñado en vivir como la mujer más vulgar.

—¿Pues qué quieres que haga?

—Vivir con más ostentacion; buscar una casa mejor y más criados.

—¿Y para qué? Vivimos con comodidad y estamos bien servidos.

—¡Pero si pareces una pobre!

—No soy rica, pues doy mucho á los menesterosos.

—¿Y por qué haces eso?

—Porque no hay para mí goce mayor que el de la caridad.

—Pues ese goce te hace pasar por avara; todos dicen que has vendido tu juventud y tu belleza á las riquezas de tu viejo esposo, y que vives con una modestia tan ex-

tremada sólo para quedar opulenta cuando él muera, de lo cual se cree tambien que tienes grandes deseos.

—¡Dios me conserve á mi esposo largos años! respondió Clemencia sonriendo tranquilamente; y cree que uno de los grandes pesares de mi vida será el día en que lo pierda.

—¿Y por qué no desmientes las hablillas de las gentes ostentando lujo?

—¿Crees tú que así se destruirian? Entónces dirian que me habia vendido por vanidad. El mundo, querida mia, necesita hablar: obremos bien y dejémosle decir lo que quiera, que él se cansará.

—Veo que eres incorregible, y paso á decirte mi pretension: tengo una amiga que mañana da una reunion en su casa para celebrar el feliz regreso de su marido de un largo viaje.

—¿Y bien?

—Me ha rogado que te invite en su nombre.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Lucila Merry.

—¡Ah! ¿Y es su esposo el que estaba viajando?

—Sí.

—¿Y ha vuelto?

—¡Sí! ¿Qué hay en eso de extraño?

—Nada, respondió Clemencia sonriéndose de un modo particular; di á tu amiga que iré.

—Te doy gracias, y adios.

—¿Sólo eso querias?

—Nada más; he cumplido mi encargo, y me marcho para preparar mi traje, porque yo tambien asistiré: pon-

té muy elegante, con muchas gasas, muchas cintas : vestida, en fin, como una escritora.

—¿Se diferencian acaso las escritoras de las demas mujeres? preguntó Clemencia sonriendo, ¿y deben olvidar, por el hecho de serlo, las leyes del buen gusto?

—Lo que yo sé decirte, respondió Hortensia, es que debes hacer tu tocador de tal modo, que al entrar, todos pregunten : *¿Quién es ésa?*

—Mas ¿para qué?

—Para que yo pueda contestar : « Es la autora de esa preciosa novela titulada *El Alma enferma*, de que tanto se está hablando ántes de publicarse. »

—Mi querida Hortensia, dijo Clemencia, tengo tan poco deseo de ser conocida, que te puedo asegurar una cosa : á no ser por una razon que ni tú puedes penetrar, ni yo debo decirte, no asistiría á esa reunion, como no asisto á ninguna.

—¿Por qué?

—Porque no gusto gran cosa de ponerme en público.

—¿Por qué has escogido entónces la profesion de escritora, que es lo que más en evidencia debe ponerte?

—No he hecho de mi poco ingenio un oficio : no es mi profesion el escribir, sino mi recreo y una gran parte de mi dicha : prohíbele que cante al pajarillo que mora en la floresta durante los dias del estío, y verás cómo languidece : prohíbe á la flor que despida aroma, y morirá sin duda : pues bien, mis escritos son el canto y el aroma de mi alma, y si ésta enmudeciera, la envolverían las tinieblas del dolor : por eso el mundo real tiene para mí pocos atractivos, y los busco dentro de mí mis-

ma, en mi arte : es lo que yo siento, esa irresistible vocacion que constituye á la escritora : al escribir no pienso si me leerán ó no ; lo mismo escribiría aunque lo hiciera para mí sola, aunque no hubiera imprenta, aunque tuviera que guardar para siempre mis manuscritos ; escribo, en una palabra, no para los demas, sino para mí, y para ser más dichosa.

—¿No habla así, por cierto, la Marquesa de T.....!

—¿Qué, ha venido aquí esa mujer! preguntó Clemencia sorprendida.

—Sí, respondió su amiga; hace pocos dias ha llegado de París : ¿no la conoces?

—Poco, respondió Clemencia con ese desden suave y natural, que es el desprecio de las grandes almas.

—Mañana la verás ; asistirá á casa de Lucila : dicen que es muy elegante, y yo quisiera que la eclipsáras.

—Gracias por tu deseo, mi querida amiga.

—Conque, hasta mañana : ¿quieres que venga á buscarte?

—No : iré con mi marido.

—¿Cómo! ¿Querrá ir tu esposo? ¡Mira que se acabará muy tarde!

—No importa, me acompañará gustoso : ya sabes cuán complaciente es.

—¿Llevarás algo que leer?

—Sí te lo han encargado, sí.

—Lucila me lo ha encargado con gran insistencia.

—Llevaré entónces unos versos, aunque hago pocos.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

Las dos amigas se separaron. Clemencia llamó á su doncella y le dijo :

—Prepárame para mañana el vestido de crespon blanco, y una rosa de musgo para el peinado.

—¿Y nada más, señora?

—Nada más.

IV.

LA GLORIA.

Al día siguiente, y á eso de las diez de la noche, una berlina de alquiler llegaba á la puerta de Lucila; de ella bajaron D. Fernando y su esposa : pagó aquél al cochero y le mandó volver á las doce.

Después de darle esta orden, se volvió á su esposa y le dijo :

—Me parece muy temprano para que nos retiremos á esa hora.

—Nos basta con dos horas para fastidiarnos, amigo mio : además, no es cómodo prolongar más la velada.

El anciano mandó retirar el coche en consecuencia de estas palabras, y subió la escalera con su esposa.

Aquella se hallaba bien alumbrada y adornada de macetas : la pobre Lucila, á fuerza de leer en las cartas de su amiga Natalia que sólo la ostentación es lo que alcanza favor en el mundo, había hecho que su marido, modesto empleado de un ministerio, se empeñase para alumbrar su casa, poner en ella algunas macetas y dar á sus convidados una taza de té, que tenían que tomar en la mano con mucha incomodidad.